

Publicado en Actualidad Jurídica Ambiental el 15 de septiembre de 2025

RECENSIÓN: MORALES ORTIZ, JAVIER. LA HAMBURGUESA QUE DEVORÓ EL MUNDO: UN PANFLETO ECOANIMALISTA. MADRID: PLAZA Y VALDÉS, 2025. 174 PÁGS.

Autor: Joan B. Brull Barco, Doctorando en Derecho de la Universitat de Girona, ORCID: [0009-0004-1654-5731](https://orcid.org/0009-0004-1654-5731)

Fecha de recepción: 14/07/2025

Fecha de aceptación: 15/07/2025

DOI: <https://doi.org/10.56398/ajacieda.00432>

Palabras clave: Crisis ecológica. Decrecimiento. Emergencia ecosocial. Ecologismo. Animalismo.

Keywords: Ecological Crisis. Decrease. Eco-Social emergency. Environmentalism. Animalism.

En un escenario global marcado por la intensificación de la crisis ecológica repensar nuestra relación con el medio natural se presenta como un imperativo de responsabilidad y de justicia intergeneracional. El calentamiento global y el cambio climático constituyen manifestaciones claras de un deterioro planetario que, de no mediar transformaciones estructurales, amenaza con agravarse si el ser humano sigue considerando el planeta como su fuente inagotable de recursos. En este contexto de emergencia ecosocial actual, el Derecho ambiental no puede permanecer ajeno a las voces que, desde otros ámbitos, advierten sobre la inminencia del colapso ecológico y la necesidad de configurar un nuevo paradigma normativo, ético y político. La hamburguesa que devoró el mundo, de Javier Morales, se erige precisamente como una de esas voces. En sus páginas, el autor denuncia las consecuencias ecológicas del modelo productivo actual, aboga por la necesidad de transitar hacia el decrecimiento y

reivindica la articulación de alianzas estratégicas entre el ecologismo y el animalismo.

La obra, estructurada en siete capítulos breves, un apéndice y una reflexión final, es mucho más que un ensayo de divulgación. Se trata de una llamada a la acción, cuya lectura ofrece claves de notable interés para el Derecho ambiental contemporáneo, al poner en evidencia los vínculos entre degradación ecológica, explotación animal y desigualdad estructural. En sus primeras líneas, el autor se ocupa de justificar y contextualizar el título del libro. En cuanto a la “hamburguesa”, Morales ve en este símbolo culinario una alegoría de los dos pilares que, en su opinión, constituyen las causas fundamentales de la crisis ecosocial actual. Por un lado, denuncia el triunfo del “tecnocapitalismo” de carácter feudal, que instrumentaliza el planeta reduciéndolo a una mera unidad de producción masiva, como una “macrogranja” global; por otro, critica la globalización de la hamburguesa como producto icónico de la alimentación industrial y del carnismo, entendido como un sistema ideológico que normaliza la explotación animal y nos distancia emocionalmente de los seres sintientes que consumimos.

En cuanto al subtítulo, rehúye de un sentido peyorativo de su ensayo como “panfleto”, reivindica su consideración de género capaz de interpelar a la ciudadanía y suscitar una respuesta colectiva. Desde esta perspectiva, Morales defiende su texto como una herramienta eficaz para visibilizar la actual emergencia ecosocial y subrayar la necesidad de una acción comprometida. Lejos de adoptar una postura pasiva, el autor promueve una toma de conciencia crítica y un despertar social ante una crisis que, pesimista pero esperanzado, valora poder detener en aras de preservar la habitabilidad del planeta. De aquí que el uso del adjetivo ecoanimalista, nos argumenta, no es baladí. Con él pretende poder dar el salto, como bien expresa su prologuista Ruth Toledano, que le permita articular un canto de luchas donde confluyan dos “chillidos” consolidados: el ecologista y el animalista. No duda que aunando fuerzas se contribuiría significativamente a la construcción de un mundo más justo. Este objetivo lo arma no sólo con sus propias reflexiones sino también mediante otras perspectivas. De aquí que recoja, en el apéndice, los testimonios de más de treinta personas vinculadas al movimiento ecologista, al animalista o a ambos. Les da voz planteándoles cinco preguntas concretas con el fin de ofrecer al lector una aproximación, de primera mano, a distintas sensibilidades. De este modo, Morales busca propiciar un espacio de encuentro y diálogo entre posicionamientos históricamente distanciados, pero que considera potencialmente complementarios.

En su segundo capítulo, titulado “El ADN en la escena del crimen”, Morales centra su análisis en el consumo de carne. El impacto ambiental, con los

elevados consumos actuales, resulta un tema urgente. Cuestiona el término “granjas” al considerarlo un eufemismo que oculta la realidad violenta y sistemática de estos espacios de explotación animal. Asimismo, nos habla del “olor de la disonancia cognitiva” de los consumidores que, pasivos ante un proceso de socialización interesado, eligen ignorar “lo que habita al otro lado de los ojos de una vaca o un cerdo”. Apela a cuando éramos niños para recordarnos nuestra cercanía a ellos y como el entorno nos ha erosionado esta mirada. Este proceso de distanciamiento ha facilitado, asegura el autor, su instrumentalización y la normalización del consumo de carne, especialmente cuando este se asocia como signo de estatus social. En este punto, manifiesta la preocupación por su expansión “alarmante” y crecimiento acelerado en países como China e India, debido a su enorme peso demográfico.

De aquí transita al tercer capítulo, titulado “El <<siglo de la gran prueba>>”, palabras que Morales retoma del filósofo Jorge Riechmann para poner de relieve los principales desafíos que enfrenta la humanidad en el siglo XXI. Su propósito se centra en subrayar la necesidad urgente de garantizar la habitabilidad del planeta, lo cual implica reconocer y respetar sus límites biofísicos. Entre estos, destaca los impactos del cambio climático, al que se atribuye el aumento de fenómenos extremos como sequías, inundaciones, huracanes e incendios, así como la drástica disminución de las poblaciones de fauna silvestre en las últimas décadas. Nos advierte que estos procesos convergen en lo que denomina un “ecocidio”, una destrucción sistemática del entorno natural que logra poner en riesgo “nuestra propia supervivencia”. En esta línea, alerta sobre la insostenible “huella ecológica de la humanidad”, señalando que, al ritmo actual, sería necesario casi un planeta adicional para sostener el modelo vigente. En paralelo, enfatiza que la responsabilidad de este “déficit ecológico” no se distribuye de manera equitativa entre los países, ni siquiera entre la población dentro de una misma nación.

En el cuarto capítulo, que titula “La larga sombra del ganado (y de la pesca)”, Morales aborda de manera crítica el impacto profundo que la ganadería industrial ejerce sobre el medio ambiente y los ecosistemas. Detalla cómo este sector incide negativamente en múltiples dimensiones: la salud pública, la seguridad alimentaria, el uso del suelo, la emisión de gases de efecto invernadero y el calentamiento global. Además, subraya su papel dual en relación con el agua, tanto como consumidor intensivo como agente contaminante. Asimismo, identifica a la ganadería como uno de los factores determinantes en la pérdida de biodiversidad y la acelerada desaparición de especies. Seguidamente, extiende su análisis a las actividades pesqueras y el impacto ecológico del uso de redes, tanto por su capacidad destructiva como por la contaminación que generan en los ecosistemas marinos. Frente a los discursos que promueven la acuicultura como una alternativa sostenible, el autor considera que estas instalaciones

replican los modelos intensivos de producción animal, funcionando como “macrogranjas acuáticas” cuyos efectos adversos resultan equiparables a los de la ganadería terrestre.

En “Son los animales, idiota”, su quinto episodio, Morales parafrasea una famosa consigna de la campaña de Bill Clinton respecto a la economía para cuestionarse si realmente comprendemos lo que nos cuenta la naturaleza de la cual formamos parte. Desde un enfoque didáctico, utiliza el hundimiento del Titanic como analogía del colapso ambiental que advierten los científicos en relación con el cambio climático, que puede “golpear” la vida en la Tierra, responsabilizando aquellos líderes políticos que prefieren mirar para otro lado. En cuanto a los animales, el autor señala los estudios de Frans de Waal y Jane Goodall, quienes identificaron comportamientos como la empatía y la cooperación en distintas especies no humanas. Y, si bien reconoce la existencia de muerte y competencia por la supervivencia, a diferencia de nosotros, la defiende por causas biológicas o de necesidad. Detrás del trato que le damos a los animales, detecta una mirada especista, como apuntan Melanie Joy y Oscar Horta desde la ética animal. Subraya, además, el reconocimiento científico de la sintiencia y la conciencia animal, avalado por declaraciones internacionales como la Declaración de Cambridge (2012) y otras más recientes, como la firmada en Nueva York. Una inobservancia de rasgos que, fácilmente, se manifiesta en los hábitos de consumo del “norte global”, ciudadanos que compren animales troceados en bandejas de poliespán, sin percibir un cadáver sino un producto manufacturado.

En su sexto capítulo, Morales prosigue su crítica al trato que dispensamos a los animales, enfocándose ahora en las especies, etiquetadas por el ecologismo, como “invasoras”. Categoría que ha generado tensiones entre el ecologismo y el animalismo, y merece ser revisada y superada. Para introducir la reflexión recurre al título de la obra ¿De dónde son los camellos?, del ecólogo Ken Thompson. Esta pregunta, y otras del mismo autor como: ¿Qué es una especie nativa? ¿en qué momento adquiere el caché de especie autóctona?, le sirven de punto de partida para cuestionar la noción de invasora. En este contexto, aboga por un “necesario cambio de perspectiva” que permita transitar del especismo hacia la ética antiespecista y considerar a los animales no solo como parte de un grupo, sino también valorarlos como individuos.

En el último capítulo, que encabeza con “El sol del futuro”, título que toma prestado de una obra cinematográfica, Morales critica la falta de acción colectiva, fuerza que se ha desaprovechado para edificar un modelo de mundo “diferente”, más justo y sostenible. A partir de esta reflexión, se plantea cómo sería el estado actual del planeta si, hace medio siglo, hubiéramos atendido las advertencias y propuestas provenientes de la ecología profunda y el movimiento

animalista. Intuye que la Tierra experimentaría, hoy, una menor presión y sería más habitable. Sostiene que, si bien no es posible revertir las acciones pasadas, es factible aprender de ellas y orientar nuestras decisiones futuras. Afirmar que las claves para hacer frente a los desafíos del mundo actual “hipercapitalista” las conocemos de sobra: apostar por el decrecimiento, una reconfiguración profunda del modelo económico y, desde una actitud más humilde, replantear nuestra relación con la naturaleza desde una perspectiva no jerárquica, que reconozca a los animales no como seres subalternos, sino como sujetos.

Antes de su reflexión final, Morales introduce un apéndice que dedica a agrupar la voz, en forma de impresiones personales, de animalistas y ecologistas. Como antesala, establece un punto clave para el análisis: ni el ecologismo ni el animalismo deben ser comprendidos como bloques homogéneos o ideológicamente cerrados. Del primero observa una tendencia conservacionista, que transita desde un severo antropocentrismo centrado en la protección de algunos hábitats, a enfoques más inclusivos, como el ecologismo social, que sitúa a los humanos como parte de la naturaleza, y la ecología profunda que nos habla de la interdependencia entre todas las formas de vida. Del mismo modo, señala similar diversidad dentro del animalismo, ejemplificada en la posibilidad de adherirse al veganismo sin necesariamente asumir una postura antiespecista. A pesar de estas divergencias, Morales apela al necesario diálogo y convergencia entre ambos movimientos. De hecho, argumenta luchas comunes, tales como la oposición a la tauromaquia, a los espectáculos con animales, la caza, los circos y los zoológicos, así como el cuestionamiento a las macrogranjas y la defensa de los espacios naturales.

En su reflexión final, Morales enfatiza la “urgencia” de una acción decidida frente a las múltiples amenazas que configuran la actual crisis ecológica. Para contrarrestar el impetuoso avance al precipicio, ancla la esperanza para frenar el colapso socioambiental en la capacidad transformadora del ecologismo y del animalismo. Aboga por que ambas corrientes colaboren, se complementen y posibiliten los encuentros necesarios para resistir y configurar un nuevo paradigma. En esta línea, propone como receta básica para el ecologismo la superación del antropocentrismo, mientras que, para el animalismo, la asunción del deber ético del cuidado y la preservación activa de los ecosistemas.

En el epílogo, la profesora de filosofía Marta Tafalla refuerza esta visión al subrayar la necesidad de revisar críticamente nuestra relación con los ecosistemas, los animales y la biosfera, especialmente ante la gravedad de la crisis ecológica global. Defiende la obra como una contribución significativa a este propósito, poniendo en valor que el autor no se limite a ofrecer su propia perspectiva, sino que añada la de varios expertos, conformando un panorama plural de voces, enfoques y sensibilidades dentro del ecologismo y el

animalismo. Tafalla asegura que uno de los principales aportes del libro es, precisamente, este enfoque pluralista y su voluntad de tender puentes entre ambos movimientos, pese a sus diferencias.

En suma, *La hamburguesa que devoró el mundo* es un ensayo breve y accesible que acerca el pensamiento crítico a un público amplio, proponiendo un cambio profundo en nuestra forma de entender y enfrentar la crisis ecosocial. Al destacar la convergencia entre el ecologismo y el animalismo, la obra no sólo invita a una transformación ética y cultural, sino que plantea desafíos de calado para el Derecho ambiental contemporáneo. En un momento histórico que exige revisar los marcos normativos que rigen nuestra relación con los ecosistemas y con el resto de los seres sintientes, la propuesta de Morales interpela tanto a la conciencia individual como a las estructuras vigentes, reivindicando una transformación sistémica orientada hacia la justicia ecológica y la inclusión moral de los demás animales.